

INTRODUCCIÓN

Alicia Cámara Muñoz

Muchas imágenes urbanas se han ido quedando en los bordes de la historia del arte. Centrándonos en la Edad Moderna, que es la que estudiamos en esta asignatura, no nos referimos con esa afirmación a las imágenes de Roma, a las ciudades ideales del Renacimiento, a las que sirven de fondo a narraciones históricas o religiosas de grandes maestros, ni a las que hicieron Leonardo da Vinci o Piranesi. Esas son incuestionables ya desde los inicios de la historiografía del arte, cuando Vasari se ufanaba de la vista que había hecho de Florencia narrando el asedio de las tropas imperiales. Pero en este manual nos vamos a referir, además de a esas imágenes, a otras, en principio más ajenas a los discursos historiográficos del arte, como las que van ligadas a la cartografía, a la ilustración de viajes o estudios científicos, o aquellas que permanecieron secretas por siglos, como las que dibujaron los ingenieros militares, tantas veces autores de tratados en los que hay que buscar la ciudad ideal de la época moderna.

Desde distintos puntos de vista, ampliamente discutidos desde hace unos años por los historiadores, nos moveremos entre arte y ciencia, en ese territorio común de la imagen, pero también de la descripción literaria. Porque si la imagen construyó una “realidad” de las ciudades, más o menos subjetiva o magnificada, no fue menos responsable la palabra de que en el imaginario colectivo determinadas formas urbanas se identificaran con modelos de perfección. También hay que entender la imagen urbana ligada al territorio, a la cartografía en un sentido amplio, hasta devenir en el género corográfico. Todas esas imágenes son expresión de poder, el del científico, el del curioso, el del mercader... y por supuesto el del gobernante. Dominar la ciudad mediante la imagen científica como hizo Francesco I de Médicis gracias a la imagen de Florencia que le dedicó Bonsignori en 1584, fue tarea de príncipes. Lo mismo que lo era fundarlas, y en ese caso darles un nombre que las ligara eternamente a su fundador. Así por ejemplo, la Filipoli que le proponen fundar a Felipe II, o la Cosmópolis de Cosme de Médicis, todas recordando en definitiva la Alejandría de Alejandro Magno. Al fin y al cabo, las ciudades engrandecían reinos, y unas tierras bien pobladas de ciudades prósperas garantizaban unos súbditos en paz amantes de los buenos gobernantes. Difundir este mensaje con imágenes fue uno de los objetivos de los estados de la época moderna.

El soporte material para esas imágenes respondió a su finalidad y condicionó su difusión y su valoración. Veremos dibujos, grabados, libros impresos,

atlas manuscritos, frescos en los palacios, cuadros,... y en cada caso eso habrá podido determinar la forma en que la historiografía las ha incorporado a su discurso. También el perfeccionamiento de los instrumentos de medición afectaría de manera determinante a la fiabilidad en la representación del espacio urbano, permitiendo la creación de imágenes cada vez más científicas, en un proceso en el que los ingenieros jugaron un papel determinante. Sin embargo, en los siglos que estudiamos, muchas de las descripciones urbanas siguen siendo herederas de las “laudatio” de las ciudades de la Edad Media, en las que no faltaban las alabanzas a la antigüedad, a la grandeza de los edificios y otras cualidades que iremos viendo también en los temas del libro.

Los creadores de las imágenes urbanas, tanto en la Edad Moderna como en la Contemporánea, pueden poner su foco de atención en la ciudad de los edificios, ya sea la Roma renacentista o el París decimonónico, o en la ciudad de los ciudadanos, que es la que vemos en obras como puedan ser el Santo Tomás de Villanueva niño de Murillo en las calles sevillanas, o la pareja que se besa en la fotografía *Le baiser de l'hôtel de ville* de Robert Doisneau. Sobre esa ciudad de los ciudadanos, a la que vamos a atender menos, pero que está siempre presente, basta leer a Aristóteles, que define la ciudad como una “conformidad y ajuntamiento de ciudadanos”, o a Joan Costa, quien en *El ciudadano* (1575) escribía que lo mismo que la casa era quienes la habitaban (matrimonio, hijos y criados) y no el edificio, y la iglesia no eran las paredes, sino la congregación de los fieles, “por ciudad no entendemos, como el vulgo, los muros, cerco y edificios, sino el ayuntamiento de los que están aparejados a vivir bien en ella”. En ese sentido se podría decir que *El Entierro del Conde de Orgaz* de El Greco, es una imagen urbana. Las imágenes que conservamos de ciudades desiertas serían la otra cara de la moneda, de las que la historia del arte tiene mucho que decir, pero también de ciudad y ciudadanos hablan la geografía, la antropología, la filosofía, la historia,... Así que quienes estudien esta asignatura se enfrentarán a la necesidad de una comprensión desde la interdisciplinariedad.

La ciudad tiene mucho que ver también con el viaje, porque descubrir las ciudades a través de la imagen, o viajar a ciudades lejanas suponía enfrentarse a lo desconocido, al otro. Viajes de exploración y descubrimiento, científicos, impulsados siempre por el deseo de conocer en cualquiera de sus formas, instrumentalizaron la ciudad. Cuando los viajeros dejaron de ser sólo los ingenieros, los científicos, los artistas, los nobles, los descubridores, los militares... para generalizarse el viaje como una forma de educación de las clases superiores, aparecen las vistas creadas para el viajero, que se lleva en el baúl la imagen de la ciudad que ha paseado a su regreso del Grand Tour. Así se cerrará un ciclo que se inició con los grabados del siglo XVI, para ese “viajero” que no se mueve del sillón y no cruza una frontera, hasta la incorporación del viaje como signo de cultura entre grupos de población ajenos a los grandes viajeros que siempre habían existido. Por otra parte, los viajeros con una guía en el bolsillo no son ninguna novedad de nuestros tiempos, porque las

guías de Roma para peregrinos, con su pequeño formato, facilitaron la visita de esa ciudad santa desde el siglo XVI. Viajar acompañado de la imagen de la ciudad que se va a visitar y que condicionará lo que el viajero seleccione en su visita fue un fenómeno generalizado desde el siglo XIX y fueron apareciendo las guías de la editorial alemana Baedeker, las Guides Bleus francesas o las del Touring Club italiano. Lógicamente, en las guías turísticas fue la ciudad anterior al siglo XIX la que se difundió perfectamente acotada, pues es la que buscaban los turistas. Incluso cuando en una ciudad hay más de un núcleo histórico, por ejemplo unas ruinas de la Antigüedad y una zona barroca, si están alejados, el turista verá con naturalidad que el callejero entre ambas desaparezca. Por otra parte, el mundo contemporáneo trajo también otro tipo de “viajero”, el del paseante en la propia ciudad que se asocia con la modernidad, con figuras como el *flâneur*, ese paseante parisino que fascinaría a Walter Benjamín, el que ya no busca monumentos, como diría Baudelaire en *El pintor de la vida moderna*, sino a la gente, a lo que le despierta curiosidad, pero observado desde la distancia. Es cierto que en las imágenes de la Edad Moderna predominó la ciudad de los edificios, pero en ningún caso eso significó que sus habitantes no aparecieran, a veces incluso como personajes principales del “teatro” urbano, para recordarnos el transcurrir de la vida.

El estudio de las imágenes urbanas ofrece un campo muy rico de interpretaciones, porque analizándolas podríamos llegar a la elaboración de discursos sobre el poder y el conocimiento, sobre la ciencia, sobre el gusto, sobre lo imaginado y lo real, sobre la identidad y la alteridad, sobre el progreso, sobre la sociedad, o sobre la vida del ciudadano, por no citar lo inmediato, como son los signos de la grandeza urbana tal como se fueron definiendo entre los siglos XV y XVIII.